



FALSAS BIOGRAFÍAS

SHIRLEY TEMPLE Y SUS PAPÁS

Shirley Temple nació sola, sin padre ni madre, porque ella era una niña muy decidida y no necesitaba de nadie para nacer.

Pero como le parecía poco correcto para una niña de su edad no tener familia, en cuanto hizo su primera película y tuvo dinero, se fué al Asilo de Padres Huérfanos de Kansas City y eligió unos padres de los mejores. Per una madre suelta le pidieron 1.500 dólares, y por un padre, 2.000. Pero como se trataba de llevarse la pareja completa, le hicieron una rebaja de quince dólares, y además le dieron al padre con sombrero, lo cual no figuraba en el catálogo.

En cuanto los tuvo en su poder se los llevó al Gran Almacén de Ropas Hechas para Padres y les compró trajes de padres, bastones de padres y los dejó hechos unos padrazos de una vez.

—¡Vaya padres opíparos que se lleva usted, niña!—le dijo el comerciante al salir de la tienda.

En casa de Shirley, los padres estaban encantados, porque no hacían nada en todo el día y se pasaban las mañanas y las tardes sentados en unas mecedoras y fumando puros.

Shirley era la que llevaba las riendas de la casa y todo el día lo tenía ocupado. Por la mañana, después de levantar a los padres, tenía que lavarlos y dejarlos sentados en las mecedoras con los puros encendidos. Más tarde, Shirley arreglaba la casa, hacía los desayunos y se iba al colegio a ganar primeros premios. Cuando volvía del colegio con su primer premio ganado, otra vez tenía que lavar a los padres y cepillarles las chaquetas, pues eran muy sucios y siempre se manchaban la barriga con la ceniza de los puros.

—Yo no sé hasta qué edad van a estar fumando estos tíos—decía siempre la niña.

A la hora de preparar la comida era cuando Shirley se veía obligada a tener más cuidado, porque los padres se le metían en la cocina para comerse una patata frita o un pedazo de pan.

—No comer tanta patata frita, porque después no váis a tener apetito—tenía que decirles Shirley, muy enfadada.

En realidad los padres eran pesadísimos con las comidas y no consentían comer sopa, ni arroz, ni nada de esas cosas. Sólo querían comer carne frita, que les hacía daño.

—Antes tenéis que comeros la sopa—les ordenaba Shirley con mal humor.

En cuanto comía y lavaba los platos, Shirley se marchaba al estudio a trabajar y a firmar autógrafos. Los días que no trabajaba dirigía películas de Boris Karloff, pues ella era una niña muy lista y sabía hacer de todo.

Después de cenar lavaba a los padres, los metía en la cama, les cepillaba los trajes y las botas y, ya tranquila, daba fiestas de salón de su casa. A estas fiestas iba lo más florido de Hollywood: la Banda Municipal de Kansas City, el médico, el boticario, el alcalde, el recaudador de la ley seca, el sheriff y un negrito de Harlem que estaba enamorado de Shirley en secreto.

Shirley hacía las delicias de la reunión con sus ingenuidades, pero muchas noches, cuando todos estaban tan contentos, los padres empezaban a llorar en su habitación, y Shirley tenía que subir a ver lo que les pasaba.

Los padres justificaban su llanto diciendo que habían soñado con un tigre y que tenían miedo de estar solos, pero en realidad lo que les ocurría era que tenían hambre, y Shirley les tenía que dar a cada uno un pedazo de carne frita y un puro.

Cuando los dejaba tranquilos, volvía otra vez a la reunión y todos empezaban a hablar de lo pesados que son los padres y de la guerra que dan.

El boticario le decía al "sheriff":

—Mis padres tampoco me dejan dormir en toda la noche. No hacen más que llorar.

—Eso será que están escocidos—decía el "sheriff"—. Los míos, como no están escocidos, no lloran mucho.

—¿Y qué hace usted para que no se escuezan?—preguntaba el alcalde.

—Yo les echo harina.

—Pues yo a los míos—decía la Banda Municipal de Kansas City—les canto "Parsifal" y eso les basta.

—¿Y cuántos padres tiene usted?—preguntaba Shirley a la Banda Municipal de Kansas City, que era una señora muy guapa con muchas alhajas y con un tambor.

Después de hablar un rato de estas cosas, bailaban todos un fox-trot y luego se marchaban las visitas, llevándose en un papel las patatas que habían sobrado de la cena.

Cuando Shirley se quedaba sola contaba los cubiertos, y subía otra vez de puntillas al cuarto de sus padres para asegurarse de que estaban durmiendo. Y después de darles un beso, los arropaba bien, pues la madre tenía la costumbre de dormirse con los codos y las rodillas fuera.

Como se ve, la vida de Shirley Temple era bastante simpática. Sin embargo, había una cosa que malograba su felicidad, y era la poca afición que tenían los padres al estudio. Shirley estaba empeñada en que sus papás hicieran la carrera de Telégrafos para que el día que ella faltase no se quedaran en la calle y tuvieran que ponerse a servir.

Pero los padres no querían estudiar y en vez de ir a la Academia de Telégrafos se marchaban a jugar al billar, o se iban al cine con modistas.

—Si no queréis seguir estudiando os voy a tener que poner a trabajar en un oficio—les había dicho Shirley para asustarlos.

Cuando Shirley les decía esto, los padres se echaban a llorar y la pedían perdón y prometían corregirse. Y Shirley, que tenía muy buenos sentimientos, se compadecía de ellos, les lavaba las rodillas y las orejas, les sonaba y les daba un dólar a cada uno para que se fuesen a jugar al póquer de dados con sus amigos y los del Asilo de Padres Huérfanos de Kansas City.

—Hoy podéis marcharos a divertir. Pero jurarme que mañana estudiaréis—les decía Shirley.

Pero todo era inútil. Al día siguiente lo que hacían los padres era sentarse en sus mecedoras, comer carne frita y fumar puros.

Un día, como les pasa a todas las estrellas de cine si no se tiene mucho cuidado, los "gángsters" raptaron a los padres de Shirley.

"Otro crimen de los ladrones de padres"—decía en grandes titulares un periódico de Hollywood.

"Todos los automóviles de la Policía de Nueva York tocan angustiados las sirenas llamando a los padres de Shirley"—aseguraba otro periódico.

"La gran artista Shirley Temple ofrece 500 dólares de indemnización para el que encuentre a sus padres vivos o muertos"—comentaba el "Chicago Tribune".

—¡Qué será de esas pobres criaturas sin tener a nadie que les lave!—eran las declaraciones que hacía Shirley a los periodistas.

La Policía no los encontraba, porque siempre iba corriendo en sus automóviles y no tenía ni un minuto libre para pararse en ninguna parte.

Pero lo más curioso de todo fué que al mes de andar buscándolos, resultó que los padres no habían desaparecido, sino que estaban en su cuarto durmiendo. A Shirley se le olvidó un día levantarlos, y como ellos no estaban acostumbrados a levantarse solos, se habían quedado en la cama fumando puros.

La alegría de Shirley fué tan grande, que se arrepintió de haber sido severa con ellos, y les dijo que nunca más les haría estudiar.

También les prometió que no les lavaría más las rodillas, aunque se les pusieran negras, pues en realidad no hay necesidad de lavar tanto a los padres, ya que casi nadie les ve.

TOMI-MITO.